
C A P Í T U L O X V I I

**Donde asoma el copete un nuevo personaje de esta
nunca bien escrita historia.**

A partir de la dichosa edad de los juguetes, la crianza y educación de Lola habían sido exageradísimas en cuidados y mimos, hasta el extremo de causarle más bien daño que beneficio. La niña, cosa muy natural, aburría pronto los juguetes que le daban: entonces se le procuraban otros y otros, para no dar lugar a que se enfadase, acostumbrándola desde tan temprana edad a satisfacer sin dilación sus menores caprichos.

Doña Ángela vivía exclusivamente consagrada a la niña. Jamás la reprendía por ninguna travesura, antes más bien se las congraciaba, y lo mismo hacía D. Manuel, quien por ser de carácter un tanto apático, y vivir ocupado en sus negocios, no atendía muy directamente a encaminar la educación de su hija, confiado en la solicitud y acendrado cariño que por ella tenía doña Ángela, a quien se la entregó desde que quedó viudo, y con aquella tierna criatura, único fruto de su matrimonio.

Fuese, pues, levantando Lola en una vida de ociosidad, contemplación y engreimiento, no obstante el natural dulce y bondadoso de su genio, porque nunca faltaban motivos para alejarla de cualquier oficio. Apenas aprendió a leer y escribir con la preceptora del lugar, la cual recibió expresa recomendación de doña Ángela para que considerase a la niña como enferma, que no la reprendiese nunca, ni la obligase a estudiar, sino lo muy preciso, halagándola diariamente, para lograr que diese alguna lección con golosinas y premios de juguetes, que al afecto le enviaban de la casa de D. Manuel.

Con este motivo la confirmaron en la escuela con el nombre de “princesita”, y excepto María, ninguna otra condiscípula mantenía relaciones íntimas con ella, no porque les fuese antipática, sino porque temían, con mucha razón, que de sus juegos infantiles resultase quejosa la niña. ¡Ah! quién habría arrostrado entonces las averiguaciones y disgustos de la señora tía!

En la casa, en el hogar doméstico, que es la escuela práctica y más provechosa de la mujer, Lola no movía una paja: doña Ángela encontraba siempre pretexto, como se ha dicho, para alejarla de los quehaceres más comunes y triviales. No la sentaba a coser, porque podía dolerle la espalda; no la dejaba aplanchar, porque se acaloraba demasiado, y podía recibir alguna corriente de aire: no iba a la cocina, a ayudar en la confección de un plato, o a hervir un simple bebedizo, porque se le curtían las manecitas; no podía trasnochar ni una hora siquiera, aunque hubiese necesidad de vela, porque se le irritaban mucho los ojos; en fin, los que estaban al cabo de esta clase de educación, propia para formar damas de salón, pero no amas de casa, decían en la villa que sólo faltaba que mandaran construir un nicho con vidrieras, para colocar la niña, y preservarla hasta del contacto del aire.

Mediante la entrega de una fuerte suma de dinero, en calidad de empréstito forzoso, logró D. Manuel salir de la cárcel; y exasperado de una vida tan llena de zozobras y contratiempos en Mapiche levantó su familia, que la componían doña Ángela y Lola, y fuese a Sanisidro, donde vivió casi un año; y de aquí hizo viaje a Nueva York, en pos de médicos que devolviesen la salud a su hija, cuyo estado enfermizo se había hecho más sensible desde los sucesos de Mapiche, como causa aparente, pues el verdadero motivo de su tristeza era la separación de Santiago. El amor que ligaba a los dos jóvenes era un secreto, que no habían descubierto D. Manuel ni la misma doña Ángela, quienes nunca vieron en aquellas relaciones sino amistad y compañerismo de la infancia.

Un nuevo horizonte se abrió a los ojos de Lola: salir de Sanisidro para entrar en Nueva York, era pasar repentinamente de las tinieblas a la luz; salir del agujero de una ratonera, para entrar bajo la cúpula de San Pedro; dejar la sociedad de las hormigas, para ir a codearse con los gigantes.

En Mapiche, sus gustos, sus deseos infantiles, y luego sus aspiraciones de mujer, tenían que ser muy limitados, porque en torno del campana-

rio de una aldea la vida es muy sencilla, puede decirse que el mundo está todo a la vista, dentro de un estrecho círculo. Por su edad, su belleza y su fortuna, se hallaba en el tiempo propísimo de empezar a figurar en el gran mundo, en el mundo de la moda, de la vanidad y del fingimiento, en contraposición al mundo chiquito, que es el mundo de la naturalidad, de la sencillez y de la modestia.

Lola se sintió mejor de salud en Nueva York: el aire del mar y el cambio completo de vida, habían quitado de su gracioso semblante la tristeza y melancolía, y dándole una expresión, si no del todo alegre, al menos de vivacidad. En medio de aquella vida vertiginosa, hartó hacía con pensar en el presente: en el teatro, los paseos públicos, los grandes monumentos, los salones artísticos, y en tanto que ver y admirar, de que ella no tenía noticia, y que iba conociendo sin darse cuenta de ello, ni procurarlo siquiera, sino empujada por la ola brillante del gran mundo, en que se veía metida como por obra de magia. Su educación insustancial no le permitía tampoco formar juicios acertados, ni resistir al influjo de las primeras impresiones.

D. Manuel, contentísimo de la mejoría de su hija, que era su ídolo y su único pensamiento de felicidad sobre la tierra, quiso darle lustre a su educación, procurándole profesores de francés, de inglés, de dibujo y de música, con el beneplácito de Lola, que no se opuso a ello, porque el roce y trato con sus nuevas amigas le había puesto de manifiesto cuán pobre era ella de instrucción, y cuánto importaba poseer aquellos conocimientos.

Embargada por tantas atenciones, rara vez tenían cabida en su alma los recuerdos de sus primeros años, pasados allá en el fondo de las montañas que la vieron nacer. Cuando recordaba ese tiempo, una nube de tristeza oscurecía su rostro: pensaba en Santiago, pero de una manera compasiva. ¡Qué diferencia entre aquel tímido lugareño, aprendiz de sastre, a quien veía llegar al Granadillo, con su humilde traje de dril, y alguna pieza de costura sobre el hombro, y los jóvenes elegantes del gran mundo que desfilaban ante ella, vestidos a la *dernier*, conversando alegremente sobre el *sport*, las escenas de *boulevard*, la agitación de la Bolsa, el equilibrio europeo, la excelencia del *whisky*, y la última forma de pantalones ideada por el príncipe de Gales!

Estos recuerdos tristes y mortificantes fueron alejándose cada vez más, hasta quedar sepultados bajo las crecidas olas de aquel mar revuelto y

luminoso, en que navegaba inconscientemente, recibiendo todos los días nuevas y seductoras impresiones. Consideró desdichados a los que allá vivían, en el apartamiento de sus montañas nativas, en la inocente quietud de la ignorancia y el olvido. Para su razón ofuscada, aquello era un mero rudimiento de vida: la plenitud de la existencia estaba en los grandes centros.

Doña Ángela no contrariaba en nada a su sobrina: a todo asentía, siempre que con ello le diese gusto, y por este mismo patrón estaba cortado D. Manuel, quien contra todos sus deseos, no pudo prolongar más la permanencia en Nueva York, por razones económicas demasiado urgentes. En dos años de temporada allí había consumido gran parte de sus bienes, que eran suficientes para darse vida de rico en la villa de Mapiche, pero muy pocos para vivir con lujo en Nueva York. A la pobre niña se le fue el gozo al pozo con esta durísima e inesperada resolución.

En Nueva York había conocido Lola un paisano, un joven de la misma ciudad de Sanisidro, que estudiaba para ingeniero electricista, llamado Policarpo Zúñiga, el cual vino a ser su compañero de viaje al regreso, porque también a él se le habían acabado los dineros, a la mitad de los estudios.

¡Qué desolada y triste le pareció a Lola esta vez la ciudad de Sanisidro! Ni ella, ni doña Ángela, perdían ocasión de manifestarlo así a las personas que iban a visitarlas. ¡Oh, qué atraso, qué provincialismo, qué rusticidad y falta de buen gusto en todo! Ni teatros, ni paseos, ni bulevares, ni baños, ni tranvías, ni bicicletas, ni automóviles: nada, nada. ¡Aquello era un desierto!

Policarpo, que había pasado en Nueva York dos o tres años, cojeaba del mismo pie: no podía avenirse con la vida de su terruño, vida salvaje, como la llamaba, lo cual vino a ser un motivo más para estrechar sus relaciones con la familia de D. Manuel, la única en Sanisidro que había soltado el pelo de la dehesa, y conocía los resortes y refinamientos del gran mundo.

Policarpo, por su parte, se creía el único varón civilizado existente en el lugar, porque aunque D. Manuel había vivido también en el Exterior, conservaba muchos resabios de provincialismo, y no había hecho como él estudios técnicos en literatura y artes. Montado en esta creencia, como sobre un Pegaso, lanzaba a diestra y siniestra juicios enfáticos sobre todas las cosas habidas y por haber, acabando siempre con el decantado paralelo entre su patria y los pueblos anglo-americanos, y la sempiterna muletilla de nuestra

ignorancia y nuestro atraso. ¡El chico se creía una especie de llama viva del Progreso caída de lo alto de Nueva York sobre los oscuros habitantes de Sanisidro!

La noche de la llegada de Santiago, Lola se entretenía tocando al piano y cantando las canciones ya dichas, en tanto llegaba Policarpo a su acostumbrada visita: Policarpo era su novio, le imponía su voluntad, y nada se resolvía en la casa sin su consulta, tal era el ascendiente que el joven tenía ya en la familia.

¿Lo amaba Lola? Se ha repetido muchas veces que el corazón de la mujer es un misterio. En la nostalgia que padecía, lejos del teatro del gran mundo, Policarpo vino a ser para ella un íntimo compañero: sus conversaciones versaban siempre sobre la vida neoyorquina, y los deseos de volver a ella. Superficiales ambos, debían simpatizar, y en efecto, simpatizaron hasta un grado próximo al amor, pero que, en realidad, no llegaba a la naturaleza sublime de este sentimiento puro y avasallador que llena toda el alma, con sus dichas y congojas, con sus celos casi siempre imaginarios, sus sueños color de rosa y sus mutuas y halagadoras promesas de un futuro lleno de encantos y delicias.

Ese lenguaje mudo de los amantes, ese interés creciente por cuanto se refiere al objeto amado, esa hermosa inteligencia en que ambos viven, enlazados por el rayo de miradas que, ora son una queja lastimera, una súplica ferviente, o un acto de gratitud profunda, ora relatan alguna historia íntima de inefable ternura; nada de eso se advertía en las relaciones de Policarpo y Lola.

Las costumbres y gustos de sus paisanos, les parecían ridículos, comparados con los de las gentes de Nueva York y países de Ultramar, que era el tema favorito de sus diarias conversaciones.

Cuando Policarpo empezó a cortejar a Lola, ésta no titubeó para aceptarlo, no obstante un algo que sentía en el fondo de su corazón, un no sé qué, que ella misma no podía explicarse, y que se le presentaba como un estorbo en el camino de sus aspiraciones: ese algo era el recuerdo de Santiago, de quien no se había tenido más noticia, pero que vivía allí en su pecho, confundido con las primeras y ternísimas impresiones de su alma.

Sin embargo, no fue tan poderoso este recuerdo para que la detuviese en su resolución. ¿Qué podría ofrecerle Santiago, llegado el caso de que volviese? Sólo un humilde taller de sastrería en la villa de Mapiche. En cambio, Policarpo era el joven de moda en Sanisidro, y además, un ingeniero electricista, que hablaba de empresas millonarias, ferrocarriles, túneles y puentes colgantes, y le ofrecía viajes de recreo por toda la redondez del planeta; de donde resultó que así como el peje grande se come al chico, en el ánimo de la pobre niña, el gran mundo se tragó al chico, triunfando Policarpo sobre Santiago.

Cuando Chucho entró, casi sin resuello, con el aviso de que allí estaba Santiago, creyendo dar una fausta noticia, Lola se levantó del piano como tocada por un resorte, y se quedó por un instante lívida y sin palabra.

—¡Santiago!... ¡Santiago, el de Mapiche!... exclamó con las manos en la cabeza, e inmediatamente corrió desalada para el interior de la casa, en busca de su tía.

—¿Qué es, hija? ¿Qué novedad ocurre?

—¡Tía de mi alma!... ¿Qué hago yo ahora? Dice Chucho que Santiago está aquí en casa!...

—¿Cuál Santiago? ¿El ahijado del padre Juan?

—Sí, tía, el joven que tantas relaciones tenía con nosotras en la villa.

—¿Y por eso te atribulas? Natural es que venga a saludarnos después de tan larga ausencia.

—Es verdad, tía, pero yo no salgo a recibirlo: recíbalo usted sola, y dígale cualquiera excusa de mi parte.

—No me explico, Lola, tu inquietud, ni esta descortesía con ese pobre joven, tan bueno y antiguo amigo de la casa.

—¡Oh, yo no le tengo mala voluntad, pero estoy en un gran conflicto.

—¡Explícate, hija, por Dios!

—Usted recordará la confianza con que nos tratábamos allá en la villa: él me quería entonces de una manera... en fin, tía, usted debe comprenderme. Acaso persista en continuar aquel trato, que en Mapiche era explicable, pero que hoy me pondría en una situación conflictiva. ¡Oh! allí oigo los pasos de Policarpo. ¡Si llegara a saberlo!... No, no, tía, tengo que evitar esa entrevista de todas maneras.

—¿Pero te hizo Santiago alguna declaración formal?

—Nunca me dijo una palabra, pero me lo manifestaba de otros modos, y yo estaba cierta de que me quería. ¡Era tan tímido!

—¿Y tú llegaste a corresponderle? —le preguntó doña Ángela con angustiada voz.

—Yo —dijo Lola, bajando los ojos— yo... tampoco le dije nada, pero...

Un raudal de lágrimas, que inundó sus ojos, ahogó también sus palabras.

—No te aflijas, hija: confíesame lo que haya en eso con entera franqueza, pues es necesario que yo lo sepa todo, para poder gobernar tan delicado asunto.

—Solamente he hablado de esto con María. ¿Recuerda la intimidad que teníamos? El día que él se fue de Mapiche, se lo conté todo. ¡Era yo tan niña!... Me pareció que el mundo se acababa para mí con la ausencia de Santiago. Yo no lo he olvidado... no, no puedo olvidarlo, pero ahora las circunstancias han cambiado: mi compromiso formal con Policarpo me impide alentar en él ninguna esperanza. ¡Qué angustia. Dios mío!...

Doña Ángela había dejado caer la cabeza sobre el pecho, grave y pensativa, mientras que Lola, presa de gran inquietud, iba y venía por el lujoso aposento.

—¡Si Policarpo supiera que de niña tuve amores con este joven lugareño! Acaso se haya tropezado con él en el zaguán o los corredores. ¿No ha vuelto Chucho? ¿Llevaría ya la luz para el cuarto de papá? Vaya, tía, no lo haga esperar, recíballo con atención, y excúseme del mejor modo que pueda. ¡Pobre Santiago!...

Doña Ángela salió del aposento muy preocupada, y se dirigió al cuarto de D. Manuel, donde tuvo lugar la rápida entrevista que ya conocemos, mientras que Lola, haciendo un grandísimo esfuerzo sobre sí misma, se enjugaba las lágrimas, y se componía el tocado, para salir a la sala, donde Policarpo esperaba indolentemente sentado en una poltrona.

—¿Qué tal, Lola? Esto es horroroso, un suplicio atroz. ¡Qué noches estas! Vengo de la plaza, y aquello es un cementerio. ¿Recuerdas la calle de Broadway a estas horas? ¡Qué ruido, qué movimiento, qué iluminación, cuántos sitios de recreo, cuántas novedades por todas partes! Este pueblacho de

Sanisidro es una prisión horrible: no hay ni con quien hablar, porque no lo entienden a uno. Ya se ve, nunca se han apartado de la sombra del campanario. Pero te noto triste. ¿Has llorado?

—Sí, pues me hastió también como tú, pero no me desespero tanto: las mujeres tenemos más paciencia, y con llorar nos consolamos.

—¡Oh, quién tuviera dinero!

—Si lo tuvieras, ¿te irías al instante?

—Es claro, partiría inmediatamente.

—¿Sin esperar a nadie? —preguntóle Lola en tono de reproche.

Policarpo soltó una carcajada.

—¡Ah, Lola! Ya sé por dónde vas a salir. Recuerda que los celos no son de buen tono.

—No se trata de celos.

—¿Y de qué entonces?

—De tu indiferencia, pues no piensas sino en aquella vida de tantos atractivos para tu corazón, y estoy cierta de que al engolfarte de nuevo en ella, no volverías nunca.

—Siempre estás tú con esos temores pueriles. Bien comprendes que este no es el teatro donde pueda realizar mis ideales, y que sólo la dura necesidad me tiene aquí, como águila cautiva, que espera remontar su vuelo. En fin, mejor es doblar la foja, y hablar de otra cosa, porque estos pensamientos me ponen más neurótico que de costumbre.

Esto sucedía con mucha frecuencia: Policarpo excusaba hablar formalmente de matrimonio, y menos aun de fijar la fecha para realizarlo. Casarse en plena juventud, era para él un suicidio moral, era tanto como quedar en ridículo ante sus compañeros de la moderna cofradía del ideal, la Neurosis, el Absintio, etc., etc.

Y no se crea que Policarpo fuese un tenorio, ni un joven disipado, nada de eso: era un buen muchacho, hasta inocentón, si se quiere, pero de poca trastienda y falto de una instrucción sólida, no obstante sus estudios especialistas para ingeniero electricista hechos en Nueva York.

Era, pues, uno de tantos sectarios inconscientes de esas ideas científico-materialistas, seductoras y brillantes, que sirven de único faro, por hallarse más en boga, a escritores y poetas prematuros, principalmente a

aquellos pichoncitos de sabios, que todavía implumes, dan una vueltecita por el extranjero, se aprenden de memoria los nombres de los filósofos y escritores más extravagantes del modernismo literario, y vienen luego, nostálgicos y escépticos, a enrostrarle a su patria el atraso en que vive, y burlarse de las santas creencias de nuestros mayores y de las tradicionales costumbres de la tierra a que pertenecen. ¡Y esto lo hacen, pobrecitos, en nombre de la civilización y del progreso!

Al día siguiente, D. Manuel llegó a su casa por la noche, de regreso de su habitual salida después de comida: y tomando asiento en la sala, sacó del bolsillo un telegrama, y lo pasó a Policarpo, que estaba presente, para que lo leyese.

—¡Un telegrama del Ministro!

—Ni más ni menos. Lee, para que veas el aprieto en que se halla el Gobernador.

Policarpo leyó en voz alta:

Señor Gobernador de Sanisidro: Próximamente llegará a esa el Dr. Quix de Manchéster, célebre inventor y eminente sabio, del cual hace la prensa los mayores elogios. Hágale el mejor recibimiento posible, y ayúdelo eficazmente en sus trabajos. Lo acompañan Mr. d'Argamasille y el joven compatriota Santiago García. El Ministro del Interior.

—¿Qué les parece? El Gobernador me ha comisionado para organizar lo conveniente, aunque no se sabe todavía cuándo lleguen.

Doña Ángela y Lola, que estaban en la sala, se miraron llenas de asombro al oír el nombre de Santiago García.

—¿Quién será este joven compatriota? —preguntó Policarpo— no recuerdo haberlo oído nombrar nunca.

—Es un excelente muchacho —contestóle D. Manuel— criado por el Vicario de Mapiche, muy amigo de nosotros, de quien no se tenía noticia desde que se fue para la guerra de Cuba. ¡Qué contento para el padre Juan! Con casualidad, tengo en mi poder trescientos pesos, que debía remitirle al saber su paradero.

—¿Cómo no lo habías dicho, Manuel? —dijo doña Ángela vivamente cortada. Ese joven estuvo aquí anoche, de paso para Mapiche.

—¡Qué! ¿ya vino Santiago? Cómo no me lo habían avisado ustedes? El debe dar razón cierta del sabio viajero.

—Tenía muy presente decírtelo hoy, pero esta jaqueca me hace olvidarlo todo.

En efecto, a doña Ángela le vino la jaqueca desde que oyó el nombre de Santiago, y se le agravó el mal cuando vio la importancia de su venida. El mismo Policarpo se lamentaba de que no se lo hubieran presentado. Pongérese, pues, en qué tortura estaría la pobre señora. Lola sufría horriblemente: había pasado una noche de insomnio, luchando en vano por borrar de su alma el recuerdo de Santiago.

—Pero bien: ¿qué dijo de su larga ausencia y de sus compañeros de viaje? —preguntó D. Manuel con sumo interés.

—Nada, nada: apenas entró a saludarnos y no quiso demorarse. Tú estabas en la calle.

—Pues sepan ustedes que eso es bien extraño. Sería gran coincidencia que se tratase de otro Santiago García. En fin, el correo del puerto, que llega mañana, aclarará el misterio, porque debe traer noticia cierta de los viajeros.

Policarpo, entre tanto, leía y releía el telegrama: ¡un célebre inventor y eminente sabio extranjero en Sanisidro! El caso era raro y extraordinario.

—¿Y qué piensa hacer el señor Gobernador?—preguntó a D. Manuel.

—Hacerle el mejor recibimiento posible, aprovechando tan feliz suceso para hacer al propio tiempo una gran demostración de la popularidad del partido progresista, que rodea al Gobierno.

—Lo que más importa es aparecer a los ojos de estos viajeros como gente culta y de *esprit*, y no salir con nuestras rancias vulgaridades y estúpidos provincialismos.

—Por eso se ha pensado en tí, Policarpo, para que representes a la ciudad en el recibimiento, porque eres aquí el único que conoce las prácticas del gran mundo, y sabrás tratar mejor que nadie a estas celebridades.

—¡Oh! —dijo Policarpo, inflándose en la silla— no tengo inconveniente, pero resta saber en qué idioma deba hablarle. A juzgar por el apellido, este sabio debe ser inglés.

—Todo eso lo sabremos mañana por el correo, y entonces se combinará el recibimiento de la manera más rumbosa posible. Va en ello el honor de la tierra, no solamente ante la República, sino ante el mundo entero.

Efectivamente, el correo trajo al otro día las anheladas noticias: había dejado a los viajeros una jornada atrás, y traía los diarios de la capital y otras ciudades en que aparecían crónicas verdaderamente sensacionales sobre el heliógrafo, con retratos y notas biográficas, tanto del célebre inventor, como de sus compañeros de excursión, con lo cual subió de punto la sorpresa y alborozo de los habitantes de Sanisidro, que desde luego se aprestaron para el recibimiento de huéspedes que tanto ruido metían el mundo.

Lola pidió los papeles, y se encerró en su alcoba: sus ojos recorrieron con una ansiedad indescriptible las columnas de los diarios:

—¡Sí, es él! ¡Santiago!... exclamó al tropezarse con el retrato de su compañero de infancia, del simpático monaguillo de Mapiche, hecho ya un hombre, de guapo y varonil semblante.

Lágrimas ardientes cayeron sobre las páginas del periódico, lágrimas de desesperación y arrepentimiento, lágrimas de amor e infinita ternura!...